

SAN CLEMENTE, PAPA Y MÁRTIR

Día 23 noviembre

P. Juan Croisset, S.J.

Fue San Clemente tan distinguido por el esplendor de su ilustre nacimiento, que estaba emparentado con los Emperadores romanos. Todo era grande en este Santo; el origen, la dignidad, las virtudes, la doctrina. Su padre, que era senador, se llamó Faustino, y su madre Matida. El palacio de estos señores estaba en el monte Celio. Tardó poco Clemente en añadir al esplendor de su cuna el de su mérito personal; y, haciéndose más hábil en el estudio de las letras humanas, **llegó á poseer con perfección la lengua griega.** Pero faltábale el conocimiento de las verdades de la fe cuando, por grande dicha suya, entraron en Roma San Pedro y San Pablo, de quienes se hizo discípulo, y le instruyeron en las verdades de la religión aquellos dos grandes maestros de todo el universo. Adelantó tanto en ella, que San Pablo le apellida su coadjutor en la predicación del Evangelio; hombre escogido de Dios, cuyo nombre estaba escrito en el libro de la vida. San Lino Papa (A.D. 68 – A.D. 79) y San Cleto o Anacleto Papa (A.D. 80 – A.D. 92) le precedieron en el gobierno de la Iglesia como Sumos Pontífices. **Llevó al trono pontificio la inocencia, habiendo conservado toda la vida su pureza virginal.** Durante su pontificado sucedió entre los fieles de Corinto una desgraciada división que hizo mucho ruido. Había florecido grandemente aquella Iglesia por el ejercicio de las virtudes cristianas y por su ejemplar edificación desde que el apóstol San Pablo la había fundado; pero no perseveró en su primitivo fervor. Turbó su paz la emulación de algunos particulares, y lloró despedazada con un funesto cisma que se formó dentro

de su mismo seno. Viendo los fieles de Corinto los progresos que iba haciendo aquel incendio fatal, imploraron el auxilio de otras iglesias para cortarle, y se dirigieron principalmente á la de Roma, que se hallaba á la sazón en lo más vivo de sus tribulaciones. Luego que Dios restituyó la paz á esta Iglesia con la muerte del perseguidor que la agitaba, convirtió San Clemente su atención á los corintios, y los escribió aquella célebre y admirable carta que tanto alabaron y ponderaron los Padres, siendo uno de los más preciosos monumentos de la antigüedad. Está escrita con tan delicada mezcla de fortaleza y de suavidad, que, corrigiendo el mal, hace amable el remedio. En ella resplandece la prudencia y la dulzura; habla la caridad apostólica, y su estilo es natural, claro, perspicuo, sin artificio, despojado de todo adorno extraño y superfluo. Dice San Ireneo que con aquella epístola restableció San Clemente la fe y la caridad entre los hermanos de Corinto, y los anunció la tradición que ya habían recibido por el ministerio de los apóstoles. Al mismo tiempo que el santo Pontífice estaba todo dedicado á solicitar la salvación de su rebaño con el desvelo que correspondía á la dignidad y á la obligación de Pastor universal, se levantó una furiosa persecución contra su sagrada persona, como cabeza de todos los cristianos. Fue citado, y se vio precisado á comparecer delante del prefecto del Pretorio. Rogóle Mamertino (así se llamaba el prefecto) que no quisiese echar un feo borrón en la reputación de su esclarecido nombre, que apaciguase al pueblo y ofreciese incienso á los dioses. Fue su respuesta muy correspondiente á su fe; ni se podía esperar otra cosa que una respuesta llena de fortaleza de un hombre que estaba sentado sobre la sólida piedra de la santa Silla Apostólica, y una respuesta, llena de dignidad, del que ocupaba la mayor y la primera de toda la Iglesia. Dio parte Mamertino al emperador Trajano de la resolución del Pontífice, y Trajano le desterró. Quiso Mamertino hacer otra tentativa y último esfuerzo para

reducir al santo papa; pero el generoso confesor le respondió constante y resueltamente que ni el destierro ni la muerte le harían nunca adorar á los dioses del imperio; y aun el mismo San Clemente hizo algunas tentativas para ganar al prefecto, y, si no lo consiguió, á lo menos le inspiró una tierna y compasiva inclinación á los cristianos. Desterróle al Quersoneso [Crimea], no sin mucho dolor suyo; y cuando el Santo se despidió de él se enterneció Mamertino, y, derramando algunas lágrimas, le dijo: Espero que el Dios que adoras no te abandonará en tu desgracia, consolándote y dándote fuerzas para sufrir el destierro que padeces por su gloria. Fue después conducido á la isla del Quersoneso Táurico [Crimea], donde le condenaron á trabajar en las minas. Un Papa por su nacimiento augusto, por su dignidad recomendable, por sus méritos ilustre, venerable por sus canas, y mucho más por la santidad de su vida, baja á aquellas profundas y espantosas cavernas, y se ve precisado á cavar la tierra como un miserable delincuente, á regarla con el sudor de su rostro y ocupar en aquel afrentoso ejercicio el tiempo destinado para gobernar el rebaño de Jesucristo y toda su Iglesia. Pero ¿qué haría el santo pontífice en tan dura extremidad? ¿Quejaríase de tan injusto proceder? Muy lejos estaba de quejarse el que sabía muy bien que en padecer mucho consistía la mayor gloria de su religión. Túvose por muy feliz en participar de los trabajos de los fieles, llamándolos su corona en el estilo del Evangelio; porque, con efecto, los trabajos son aquellas piedras preciosas que componen las coronas inmortales con que brillan los bienaventurados en el Cielo. ¡Oh Dios, y qué diferentes son los pensamientos de los santos comparados con los nuestros! Cuando, los envías aflicciones besan la mano que los hiere, sin que en su boca ni en su corazón se oiga otra voz que ésta: *Sea Dios bendito*. Pero cuando nos visitáis á nosotros con tribulaciones, ni del corazón ni de la boca se nos caen jamás sentidas quejas y

amarguísimas palabras: están tan achacosos los ojos de nuestra fe, que nunca miramos las desgracias temporales como favores de vuestra mano; y, sin embargo, es muy cierto que el Dios que nos azota es el Dios que nos ama.

Encontróse San Clemente en su destierro con dos mil cristianos, á quienes ninguna cosa atormentaba tanto como el insoportable ardor de la sed que los abrasaba. Era aquel lugar tan árido y tan seco, que entre aquellos peñascos, enriquecidos con tantas venas de plata y oro, no se encontraba ni una sola vena de agua, siendo preciso traerla con gran fatiga de un sitio muy distante. Movidó nuestro Santo del trabajo y de las lágrimas de aquellos ilustres desterrados, se volvió al Señor, y le suplicó se compadeciese de aquellos sus fieles siervos en tan extremada necesidad. Fue oída su oración; y apareciéndosele Jesucristo en figura de cordero, le señaló con el pie una fuente de agua viva que, brotando de repente de una peña, aumentó el respeto y la veneración que ya profesaban todos al nuevo Santo Legislador y Profeta Moisés; y, acudiendo de todas partes á ser testigos del prodigio, se convirtieron los infieles á la fe. Informado de esto el emperador Trajano, despachó al presidente Aufidio para que hiciese volver al culto de los ídolos á los que se habían hecho cristianos en vista de aquel portento; pero á todos los experimentó incontrastables. Derramaban su sangre, pero mantenían su fe. Después que el ministro del Emperador sacrificó muchas de aquellas sagradas víctimas, viendo que cada uno se presentaba voluntariamente á la muerte, pródigo ó despreciador de su vida, le pareció más acertado perdonar á la muchedumbre y castigar únicamente á la cabeza. Habló, pues, á San Clemente; instóle para que sacrificase á los dioses; le acarició y amenazó para pervertirle; pero ¿qué pueden las amenazas ni las caricias contra un mártir, que tiene impreso en su corazón el amor de Jesucristo? Así, pues, viendo que

nada adelantaba, usando de su autoridad, dio sentencia de muerte contra el Santo; y para que no quedase entre los fieles reliquia suya que pudiese consolarlos, mandó que le arrojasen en el mar con una grande áncora al cuello, pareciéndole se olvidarían presto de un hombre de quien no restaba cosa que pudiese excitarles la memoria; como si el milagro de la fuente que brotó repentinamente del peñasco no fuese eterno monumento del poder del santo mártir. Fue, pues, precipitado en el mar á vista de sus queridos hijos, que con los ojos y el corazón seguían á su amado padre. Pero ¿qué puede el poder de los hombres contra el poder de Dios? Mientras los cristianos, consternados y afligidos, lamentaban la gran pérdida que acababan de padecer, Cornelio y Probo, discípulos del santo Pontífice, dijeron á los demás: *Hagamos oración á Dios, hermanos nuestros, para que se digne descubrirnos las reliquias del santo mártir.* Cuando he aquí que, mientras estaban en oración, la mar se retiró hacia dentro, dejando el suelo enjuto y libre para que todos los que quisieren pudiesen ir á visitar el milagroso sepulcro que el Señor había preparado al santo mártir en medio de las ondas y en el profundo de su abismo. Asombrados del prodigio, comienzan á caminar á pie enjuto por el lecho que ocupaban antes las aguas, y se hallan con un templo de mármol, fabricado por manos de ángeles; un sepulcro en que estaba el cuerpo de San Clemente, y, al lado de él, el áncora con que fue arrojado al mar. Más fácil es concebir que declarar el asombro que sobrecogió á todos los fieles á vista de aquel portento. Ya estaban resueltos á retirar de allí el cuerpo del santo mártir, cuando por medio de una visión los avisó el Cielo que no tocasen á él, con la seguridad de que todos los años se repetiría el prodigio, retirándose la mar por espacio de siete días, para que todos lograsen el consuelo de visitar el cuerpo del Santo á su satisfacción. Cumplióse así puntualmente, con tanta utilidad de los que fueron testigos de aquella maravilla, que no quedó

en todo aquel país ni hereje, ni judío, ni pagano.

Pero sucedió otro prodigio que todavía contribuyó más á la propagación de la fe. Un hombre devoto, con su piadosa mujer y un hijo único que tenían, fueron á tributar sus respetos al santo mártir en su milagroso templo, en el que se detuvieron muy despacio; pero como ya iba declinando el día séptimo, y se acercaba la hora en que el mar había de volver á su curso ordinario, se salieron del templo, dejándose en él la prenda que más amaban; esto es, á su querido hijo, disponiendo el Cielo con particular providencia un olvido que no parecía natural. Ya el mar había ocupado su acostumbrado lecho, cuando los padres del niño cayeron en cuenta de su descuido. No tuvieron otro remedio que retirarse á su casa con el corazón traspasado de dolor. Pasóse el año, y, acercándose la fiesta del Santo, se dijeron uno al otro aquellos devotos padres del nuevo Moisés: *Vamos á visitar el sepulcro del glorioso San Clemente, y recogeremos los huesos de nuestro querido hijo.* Diéronse prisa á caminar, y llegaron los primeros á la orilla; corriendo apresurados al sepulcro del Santo, luego que el mar se retiró, seguidos de otros muchos que no caminaban con tanta celeridad. Apenas entraron en el templo cuando vieron a su hijo vivo, sano, robusto y con la más cabal salud. Tanto embarga la voz un excesivo gozo como un excesivo dolor, y así quedaron los dos por largo rato como mudos, atónitos y asombrados sin conocerse el uno al otro; pero al fin, volviendo en sí de aquel extático pasmo, fue su primer desahogo prorrumpir en gracias, bendiciones y alabanzas de la grandeza de Dios, de su mayor gloria y del poder de nuestro Santo. **Este prodigio le refiere San Efrén, obispo de la ciudad de Georgia; le repite San Gregorio Turonense; y el cardenal Baronio, en sus *Anales*, asegura ser tales y tan auténticas sus pruebas en toda la antigüedad, que no hay el más leve fundamento para ponerle en duda.**

SANTA LUCRECIA, VIRGEN Y MÁRTIR

Santa Lucrecia, ilustre por su nacimiento, pero mucho más por la pureza de su fe y por el glorioso triunfo que consiguió de uno de los más fieros perseguidores de la Iglesia, nació en Mérida, ciudad esclarecida por la gloria de algunos santos, con que ensalzó su nombre no solamente en la tierra, sino en el Cielo. Dejóse ver en el mundo dotada de todas aquellas nobles disposiciones de naturaleza y de gracia que no sólo allanan, sino que facilitan el camino de la virtud, y, aplicándose sus padres á darla una educación tan propia de su piedad como de su ilustre cuna, sólo sirvieron sus instrucciones para. fomentar en ella aquellos sentimientos tan nobles como cristianos que el Espíritu Santo inspiraba de continuo en el tierno corazón de Lucrecia, que por la justificación de su conducta era el ejemplo y aun la confusión de muchos fieles; siendo ésta la causa por que la miraban los idólatras como enemiga de sus falsos dioses.

Hacía cada día Lucrecia admirables progresos en la virtud, cuando los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron contra la Iglesia la décima persecución que padeció en tiempo de los príncipes paganos. Enviaron éstos á España por su lugarteniente ó gobernador á Daciano, uno de los hombres más crueles que han conocido los siglos, y, después que hubo sacrificado al furor de su saña innumerables víctimas inocentes en las provincias de Cataluña, de Aragón y de Toledo, pasó á la de Portugal y, presentándose en Mérida, hizo publicar los edictos acostumbrados, mandando por ellos, que todos los vasallos del imperio rindiesen adoración á los dioses romanos. No tardó mucho en saber que se distinguía Lucrecia entre los cristianos por sus eminentes virtudes, y, dando orden á sus ministros para que la trajesen á su presencia, quedó lleno de admiración al ver su rara

hermosura y su singular modestia. Supo que era una doncella no menos noble que poderosa, y queriendo por una parte obligarla al culto de los ídolos, y por otra apoderarse de sus bienes, comenzó á persuadirla á que desistiese de la vana religión de los cristianos, valiéndose para ello de cuantos medios pudo sugerirle su ciega obstinación [y el demonio]. Experimentó en breve tiempo que todos sus esfuerzos eran inútiles para reducir á la ilustre virgen á que sacrificase á los dioses romanos, y, pareciéndole que el horror y las molestias de la cárcel la obligarían á mudar de propósito, mandó ponerla en un oscuro calabozo, con orden expresa de que no la viese ni hablase persona alguna.

Mantúvose Lucrecia algún tiempo en la dura prisión, padeciendo innumerables trabajos; pero, habiendo entendido Daciano que era más fácil deshacer las piedras más duras y derretir el hierro en blandura que separar á la insigne virgen de la religión que profesaba, dio orden á sus ministros para que la presentasen á su consistorio, donde, sentado en clase de juez, le habló de esta suerte: *Me admiro, Lucrecia, que, siendo de noble y libre condición, muestres en las costumbres ser una persona vil, confesándote esclava de Cristo, aquel hombre que, clavado en una cruz, no pudo á sí mismo librarse del patíbulo.—Si hubieras leído al Profeta, le respondió la Santa, supieras que servir á Dios es reinar; en cuyo supuesto no perjudica á mi ingenuidad mi servidumbre á Jesucristo, verdadero Dios, antes bien la ensalza, y, por lo mismo, recibo de ella más bien esplendor que detrimento.—Di, siguió entonces Daciano, antes que los tormentos y las penas puedan vindicar tus blasfemias, ¿por qué resistes sacrificar á nuestros dioses?—Porque está escrito, contestó Lucrecia, que sólo se ha de servir y sacrificar á Dios; y los tuyos son demonios á quienes es superstición adorar.—Luego yo, continuó el tirano, nuestros emperadores, el Senado y*

pueblo romano ¿somos supersticiosos?—Sin duda lo sois, dijo Lucrecia, pues no conocéis ni adoráis al verdadero Dios.

No pudo Daciano sufrir por más tiempo el desprecio que hacía la insigne virgen de todas sus reconvenciones, y, queriendo concluir de una vez el interrogatorio, la dijo: *Elige, por último, uno de estos dos extremos: ó padecer como necia diferentes penas entre los sentenciados á muerte, ó sacrificar á los dioses, como sabia y noble persona.* A esto respondió Lucrecia: *Yo sólo ofrezco sacrificio al verdadero Dios, y á Jesucristo, su único Hijo.* No es posible explicar el furor que concibió el tirano al oír semejante resolución; y, deseando vengar las injurias hechas á sus dioses, mandó herir con fuertes bofetadas el rostro de la hermosísima doncella, y extenderla sobre la catasta ó potro, para que padeciese el fiero tormento de aquella horrible máquina; pero viendo que, en lugar de sentimiento, manifestaba Lucrecia una inalterable tranquilidad y una alegría extraordinaria en medio de aquel castigo, pronunció sentencia de que fuese degollada inmediatamente; persuadiéndose que, si apelaba á otras pruebas para vencer su constancia, sería dar margen á su mayor confusión. Sacaron los infieles á la ilustre heroína fuera de la ciudad, cerca de la fábrica de un puente, y, cumpliendo la injusta providencia del tirano, consumaron el sacrificio de la inocente víctima el 23 de Noviembre, á principios del siglo iv. Recogieron los cristianos por la noche el venerable cadáver de la insigne mártir, y le dieron sepultura con la cautela que permitían aquellas edades lamentables; pero, después que gozó de paz la Iglesia, erigieron en honor de la Santa un magnífico templo en el mismo lugar donde padeció martirio, el cual duró hasta la irrupción de los moros [mahometanos] en España.

La Misa es en honor de San Clemente, y la

oración la que sigue :

i Oh Dios, que cada año nos colmas de alegría en la festividad de San Clemente, Papa y Mártir! Concédenos benigno que imitemos la virtud de la paciencia en aquel cuya fiesta celebramos. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 3 y 4 de la del apóstol San Pablo á los filipenses.

Hermanos: Sed mis imitadores, y observad aquellos que caminan según el ejemplar que tenéis en nosotros; porque muchos de los que os he hablado muchas veces (y aun ahora os hablo con lágrimas) se portan como enemigos de la Cruz de Cristo; de los cuales el fin es de la perdición, y su Dios el vientre, y su gloria está en su confusión; los cuales tienen apego á las cosas terrenas. Pero nuestra conversación está en los Cielos; por lo cual esperamos también al Salvador Nuestro Señor Jesucristo, el cual transformará el cuerpo de nuestra bajeza para que sea conforme al cuerpo de su gloria con aquel poder con el cual puede sujetar á Sí mismo todas las cosas. Y así, hermanos míos muy amados y carísimos, mi alegría y mi corona; permaneced de esta manera en el Señor i oh amantísimos! Ruego á Evodia y suplico á Sintiches que tengan los mismos sentimientos en el Señor. También te ruego á ti ioh compañero fiel! que las ayudes, pues ellas han trabajado conmigo por el Evangelio, juntamente con **Clemente y los demás coadjutores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida.**

REFLEXIONES

El fin de los que sólo gustan las cosas del mundo y tienen por Dios su estómago, es una muerte infeliz. i Cuántos y cuántos se pueden ver á sí mismos en este fiel retrato! Lleno está el mundo el día de hoy de falsos

cristianos, cuya religión es aparente, no más que un fantasma ó estafermo de religión, ocupando en ellos el espíritu del mundo aquel lugar que debiera llenar el espíritu de Jesucristo. Miran éstos las máximas del Evangelio con los mismos ojos con que los paganos miraban nuestra doctrina, que era escándalo para los judíos, locura y necedad para los gentiles. No hay más que atender á la materia más común de las conversaciones, de los corrillos, de las visitas y de los concursos en que brilla la profanación más escandalosa, la licencia más desenmascarada y el espíritu del mundo más á cara descubierta. ¡Ah!, el desorden ha llegado á tal punto, que se hace gala del mismo deshonor. Se hace profesión de ser menos cristianos, y como que se avergüenzan algunos de obedecer á las más sagradas leyes de la Iglesia. Los ejercicios espirituales, las devociones, los actos públicos de religión no son del gusto de las personas mundanas. La delicadeza, el orgullo, la ambición, el refinamiento en las diversiones y en los pasatiempos, la altanería, la vanidad y la desenvoltura, éstos son los principales rasgos que hoy caracterizan en el mundo á la mayor parte de los que se llaman cristianos. ¿De cuántos se podrá decir que no reconocen otro Dios que sus riquezas, que su ambición, que sus gustos, que sus diversiones, que su vientre? Pero ¿cuál será su destino, si no se arrepienten de sus pecados graves antes de morir? Ya le anuncia San Pablo sin ambigüedad, sin disimulo: una muerte infeliz y desgraciada.

El Evangelio es del cap. 24 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Velad, porque no sabéis en qué hora ha de venir vuestro Señor. Sabed, pues, esto: que si el padre de familia supiera la hora en que había de venir el ladrón, velaría ciertamente, y no permitiría minar su casa. Por tanto, estad también

vosotros prevenidos, porque el Hijo del Hombre vendrá en la hora que no sabéis. ¿Quién pensáis es el siervo fiel y prudente á quien su señor constituyó sobre su familia para que les dé á tiempo el sustento? Bienaventurado el siervo á quien su señor, cuando venga, encuentre obrando de esta manera. Os digo de verdad que le dará la administración de todos sus bienes.

MEDITACIÓN

Uno de los estados más peligrosos para la salvación es el de la tibieza.

PUNTO PRIMERO. — Considera que por estado de tibieza se entiende la disposición de un alma que procura solo evitar las culpas graves, y hace escaso aprecio de las faltas ligeras, que comete con frecuencia, sin temor ni remordimiento. Entonces, si se hace algo bueno, es sólo por bien parecer, por costumbre, naturalmente, por humor ó por capricho. Se asiste como de cumplimiento á ciertos actos piadosos á que precisa la obligación; y como se guarden ciertas medidas, como se observen ciertas exterioridades de religión que bastan para evitar la nota y la reprensión de los que deben celar su observancia, se hace poco caso de agradar ó no agradar á Dios, ó, mejor dicho, apenas se hace cosa que no le desagrade. Se deja fácilmente inducir el alma á cometer todo género de culpas veniales con pleno conocimiento y con toda deliberación, haciendo con tedio y con disgusto aquellos ejercicios espirituales de que no se puede dispensar. Se trata con desvío, y se mira con no sé qué secreta aversión á las personas virtuosas; porque su virtud es una importuna censura, su fervor una muda pero penetrante reprensión de la tibieza. Sólo gusta tratar con los imperfectos, y se siente cierta oculta propensión hacia los menos observantes. Agrada mucho su conversación, y se celebran sus chanzonetas, sus satíricas

mordacidades contra los devotos y contra los que ellos llaman *beatos*. Agradan los imperfectos, que por sus modales libres ó poco religiosos autorizan la relajación. Imagina estado más peligroso, más pernicioso, ni más digno de lástima para la salvación.

PUNTO SEGUNDO.—Considera en cuánto peligro está la salvación de un alma que se halla en tan lastimoso estado. La pobre, ni aun siquiera conoce el peligro; pues ¿por qué milagro se retirará de él? Juzga que se halla en buen estado; ¿por dónde pensará en pasar á otro? Confiesa, sí, que no se siente con el mayor fervor, que su amor de Dios no es el más fino ni el más ardiente; pero está muy lejos de pensar que se halla en desgracia de Dios, y ordinariamente se halla. Desengañémonos; rarísima vez está un alma por largo tiempo en la tibieza sin que esté en pecado mortal; no porque los pecados veniales que comete sin escrúpulo lleguen nunca á ser mortales, sino porque es moralmente imposible que el alma viva por largo tiempo en una tibieza, en una indevoción y en una infidelidad habitual sin que caiga en alguna culpa mortal. Es para ella sumamente fácil el consentir en un mal pensamiento. Un alma tibia, privada por culpa suya de aquellos especiales auxilios que son tan necesarios para resistir á las violentas tentaciones, los cuales, por lo regular, solamente los concede Dios á las almas fervorosas, ¿saldrá siempre victoriosa de los lazos, de los malignos artificios del enemigo de la salvación, continuamente en centinela, perpetuamente alerta para sorprender la plaza?

Conozco, Señor, que es menester un milagro de vuestro poder y de vuestra misericordia para hacerme salir de este infeliz estado de tibieza en que por tanto tiempo he vivido; pero espero con la mayor confianza que obraréis este milagro por vuestra pura bondad, y por la intercesión de mi singular Protectora vuestra querida

Madre la santísima Virgen María. Reconozco el peligro de este desgraciado estado en que me hallo; preveo muy bien todas sus funestas consecuencias, y ésta es visible señal de que Vos queréis sacarme de él. Concededme, Señor, vuestra gracia, pues con ella quiero salir de él desde este mismo momento.

JACULATORIAS

Dignaos, Señor, dilatar mi corazón, y desde el mismo punto correré, volaré por el camino de vuestros santos Mandamientos.— *Ps.* 118.

Con ansia desea mi alma observar los justos preceptos de tu santa ley por todo el espacio de mi vida.—*Ibid.*

PROPÓSITOS

1. No hay estado más peligroso, ni tampoco le hay más común, aun en aquellas personas que hacen profesión de virtuosas, que el estado de la tibieza. Es, por decirlo así, una enfermedad popular, con la cual nos domesticamos, pero que ni por eso deja de ser menos mortal. Es una calentura lenta, que no estorba las funciones ordinarias de la vida, pero apenas hay quien se libre de ella. Vase consumiendo poco á poco el enfermo por largo espacio de tiempo, y al cabo se muere. Aplica desde hoy todos los remedios posibles para cortar este mal. Da principio á la cura haciendo tus diarios ejercicios espirituales con nueva atención, con nueva exactitud, con nueva devoción y nuevo fervor.

2. Desvíate del trato de los tibios y de los imperfectos; la tibieza es una enfermedad contagiosa que fácilmente se pega. Rompe toda mistad particular, que es la peste de las comunidades, y vuelve desde hoy á

todas las devociones, á todos los ejercicios espirituales que dejaste. Sobre todo, aplícate con particular atención á sacar ruto de la frecuencia de Sacramentos; y si eres Sacerdote, á celebrar con provecho y con respetuosa devoción el santo sacrificio de la Misa. **Por lo menos emplea una vez á la semana algún espacio de tiempo en la meditación de la muerte. No hay remedio más saludable contra los desalientos del alma en el servicio de Dios; no hay ejercicio más provechoso ni más seguro. Ninguna cosa has de despreciar cuando se trata de tu eterna salvación ó de tu condenación eterna. ¿Qué necesidad tienes de otro motivo más poderoso?**